

LA IDENTIDAD CULTURAL

VISTA DESDE EL ANÁLISIS DE REDES SOCIALES: UN MODELO PARA SU ESTUDIO

CULTURAL IDENTITY SEEN FROM SOCIAL NETWORK ANALYSIS: A MODEL FOR ITS STUDY

Massiel Delgado Cabrera¹

E mail: massiel96delgado@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-4331-1035>

Noemí Rizo Rabelo²

E mail: nrizo@ucf.edu.cu

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0344-1306>

¹ Oficina del Conservador de la Ciudad de Cienfuegos, Cuba.

² Universidad de Cienfuegos "Carlos Rafael Rodríguez", Cienfuegos, Cuba

Cita sugerida (APA, séptima edición)

Delgado Cabrera, M. & Rizo Rabelo, N. (2023). La identidad cultural vista desde el análisis de redes sociales: un modelo para su estudio. *Universidad y Sociedad* 15(6),310-320.

RESUMEN

La identidad cultural posee una naturaleza profundamente social en su proceso de génesis y configuración que puede analizarse utilizando la teoría de redes sociales, específicamente los aportes del Análisis de Redes Sociales (ARS). En el artículo se fundamenta la relación entre identidad cultural y cultura, hasta reconocer a la identidad cultural como una construcción sociocultural emergente en una concepción estructurada de la cultura, y se expone la pertinencia del ARS para develar los significados subyacentes en las interrelaciones propias de los procesos de identificación-diferenciación donde se generan las respuestas identitarias. Además, se presenta un modelo para estudiar la identidad cultural, incorporando los presupuestos del ARS.

Palabras clave: cultura, identidad cultural, análisis de redes sociales

ABSTRACT

Cultural identity has a deeply social nature in its genesis and configuration process that can be analyzed using social network theory, specifically the contributions of Social Network Analysis (SNA). The article bases the relationship between cultural identity and culture, up to recognizing cultural identity as an emerging sociocultural construction in a structured conception of culture, and exposes the relevance of the ARS to reveal the underlying meanings in the interrelationships of the identification-differentiation processes where identity responses are generated. Additionally, a model is presented to study cultural identity, incorporating the ARS budgets.

Keywords: culture, cultural identity, social network analysis

INTRODUCCION

El estudio de la identidad cultural está en el centro de las tareas del desarrollo de la cultura nacional. Cualquier indagación que se realice para favorecer su esclarecimiento histórico y conceptual, aportará a una expansión cada vez más libre de la autoconciencia del cubano; lo que adquiere mayor valor en la contemporaneidad, cuando el mundo asiste a una crisis de identidades sustentada por el pensamiento postmoderno neoliberal y al resurgimiento de nacionalismos potencialmente reaccionarios que pueden erosionar la identidad cultural y, a través de ella, hasta cuestionar la existencia de la identidad y el estado nacionales.

Como consecuencia de estos procesos, la pérdida de valores singulares, es una realidad dramática para países periféricos como el nuestro. Ella impone la investigación y el diseño de estrategias orientadas a gestionar los valores identitarios, el estímulo al sentimiento de pertenencia, de cohesión, de autoestima y, por tanto, de participación, en programas que trasciendan la dimensión cultural.

Las ciencias sociales se han preocupado por el estudio de los fenómenos culturales e identitarios debido a las implicaciones que tienen en la comprensión de los sujetos sobre sí mismos, sobre su relación con los otros y con su medio ambiente. Al tratarse la cultura del conjunto de significados elaborados por el sujeto en el proceso de diferenciación- identificación que despliega, consciente o inconscientemente, para percibir y proyectar su identidad grupal, ella es el sustrato donde se depositan las respuestas identitarias con las que el colectivo social mantiene su distinción. Es decir, en el centro de cualquier proceso de producción de significados, se encuentra la construcción de una identidad cultural (Cucho, 2004).

En las primeras discusiones en relación con la cultura, introducidas por filósofos e historiadores alemanes durante el siglo XVIII y principios del XIX, la comprensión del término refería al proceso de desarrollo intelectual o espiritual que se realizaba en los ámbitos de la academia, la ciencia, la filosofía y el arte. Las obras de Adelung, Herder, y Meiners testimonian su creencia en la connotación positiva de la cultura para el ennoblecimiento de las facultades humanas (Thompson, 2002).

Cuando los antropólogos e historiadores culturales de los siglos XIX y XX se interesan en la descripción etnográfica de las sociedades no europeas emerge una concepción novedosa en torno al entendimiento de la cultura: la concepción antropológica de la cultura que se subdivide en dos tendencias: la descriptiva y la simbólica. Los representantes de la primera vertiente, Klemm, Tylor, Boas, Malinowski, examinan las costumbres, habilidades,

artes, herramientas, armas, prácticas religiosas, etc., de sociedades específicas, a través de descripciones sistemáticas y amplias, para dejar constancia de sus rasgos identitarios y demostrar que la diferencia entre los grupos humanos, es cultural (Thompson, 2002).

Este mismo autor sostiene que dicha concepción se fundamenta en el análisis, la clasificación y la comparación científica de la existencia y el comportamiento de los fenómenos que son objetos de su atención a través de un proceso de cientificación del concepto de cultura, coherente con el clima intelectual general decimonónico impactado por las ciencias positivistas. Asimismo, estos principios metodológicos median las indagaciones en torno a la identidad cultural.

De acuerdo con esta perspectiva los rasgos identitarios observados en su funcionamiento social, analizados y descritos por el investigador adquieren el estatus de materia definida, organizada y clasificada. Se le nombra teoría esencialista de la identidad cultural (Velásquez, 2003) o teoría objetivista de la identidad cultural (Rivero & Martínez, 2016). Independientemente de la designación, ambos autores coinciden en que, desde esta perspectiva, la identidad cultural alude al conjunto de características fijas con las que se nace, cual código genético donde lo semejante se convierte en idéntico y lo diferente resulta excluido.

Siguiendo la concepción objetivista de la identidad cultural, hacia los años treinta del siglo XX, los antropólogos norteamericanos Sapir, Mead, Benedith, Linton, introducen una nueva perspectiva en la interpretación de las diferentes culturas. Se dedican a comprender cómo los seres humanos incorporan y viven su cultura, cómo ésta los conduce a actuar y cuáles son las conductas que provoca, por lo que desarrollan un enfoque a partir del cual se explica la formación de la identidad cultural por el modelo cultural y social donde se inserta el individuo y no por caracteres biológicos (Cucho, 2004).

A pesar de que los culturalistas se mantienen apegados a la concepción objetivista de la identidad cultural definiéndola y describiéndola a partir de criterios considerados "objetivos" que los sujetos reciben a partir de su procedencia, sus estudios terminan contradiciendo tales presupuestos. Sus investigaciones le permiten comprender que la existencia de tales rasgos culturales identitarios es el resultado de un aprendizaje progresivo consecuencia de la socialización, desarticulando la idea de que tal *corpus* sea recibido desde el nacimiento y se mantenga inamovible en el tiempo.

La concepción antropológica simbólica de la cultura, por su lado desplaza el interés hacia la interpretación de los

símbolos y de la acción simbólica. Parte del principio de que solo los seres humanos han desarrollado lenguajes que les permiten construir e intercambiar expresiones significativas y otorgar significado a construcciones no lingüísticas: acciones, obras de arte y objetos de diverso tipo.

Tal concepción asume, por tanto, que la cultura es el patrón de significados incorporados a las formas simbólicas: acciones, enunciados y objetos significativos de diverso tipo, en virtud de los cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias (Thompson, 2002). Los partidarios de esta perspectiva (White, 1982); (Geertz, 1973) se sitúan entre quienes enfocan sus investigaciones en la trama de significados que teje el hombre para perpetuarse y desarrollar su conocimiento y actitudes hacia la vida cotidiana.

Si bien la concepción antropológica simbólica de la cultura coloca el acento en rasgos de naturaleza inmaterial, mantiene el apego a la concepción objetivista de la identidad cultural antes expuesta. En correspondencia con ello, el examen de los rasgos identitarios se realiza con arreglo a procedimientos metodológicos de identificación, clasificación y análisis en tanto características específicas y fijas del grupo humano, cual matriz de pertenencia del individuo.

En las décadas del 70 y 80 del siglo XX, emerge la concepción subjetivista de la identidad cultural, también denominada teoría dinámica de la identidad cultural (Velásquez, 2003). Dicha concepción, se sustenta en la proposición de la identidad cultural como necesidad, en virtud del requerimiento del individuo de pertenecer a un colectivo de iguales y sentirse parte de una concentración humana a cualquier escala. De acuerdo con ella, la función principal de la identidad cultural es la creación del sentido del entorno donde se posiciona el individuo o grupo, expresada en la relación dialéctica entre el nosotros (semejantes) y el ellos (diferentes).

Según, los "subjetivistas" Hall, (1996) y Bayart, (1996), la identidad cultural no se reduce a los atributos de origen o rasgos identitarios compartidos. Es un sentimiento de pertenencia, una identificación imaginaria con una colectividad específica donde lo que cuentan son las representaciones de los individuos sobre su realidad social (Rivero & Martínez, 2016).

En contraste con las concepciones objetivistas y subjetivistas en torno a la cuestión de la identidad cultural, aparece la teoría constructivista, o concepción relacional y situacional de la identidad cultural. Cucho (2004) sostiene que el antecedente de la misma se encuentra en Barth, quien propone que la aprehensión del fenómeno

identitario radica en las relaciones entre los grupos sociales, de ahí que para definir la identidad cultural lo que importa es encontrar aquellos rasgos distintivos utilizados por los miembros del grupo para afirmar y mantener su identidad cultural y no inventariar su repertorio de manera aislada. Por tanto, la diferencia identitaria se concreta en las interacciones entre los grupos y en los procedimientos de diferenciación que, en tanto respuestas identitarias, se instauran en esas relaciones.

Cucho (2004) a su vez, alega que la identidad cultural es una construcción social que se produce en el interior de los marcos sociales que determinan la posición de los actores sociales y orientan, por tanto, sus representaciones y elecciones. Defiende que la construcción identitaria se manifiesta en una doble dimensión, por una parte, en ella se deposita el postulado central del subjetivismo en tanto reconoce que la realidad es una construcción social; por la otra, considera que está dotada de una eficacia social que produce efectos reales y se expresa en las consecuencias concretas de esa realidad para la vida de los sujetos.

La teoría constructivista, o concepción relacional y situacional de la identidad cultural incorpora un punto de giro en el estudio de dicha problemática, toda vez que la identidad cultural se asume como una construcción, resultado de los intercambios sociales donde identidad y alteridad están en una relación dialéctica permanente. Al mostrarla como una noción relativa siempre en construcción a partir de las lógicas sociales donde ella opera, se opone a la teoría esencialista u objetivista de la identidad cultural que, como antes se ha expresado, considera la identidad cultural como un conjunto de atributos y rasgos originales y permanentes de un grupo social.

Los análisis precedentes le permiten a Thompson (2002) delinear un enfoque alternativo para el abordaje de la cultura y de la problemática de la identidad cultural que él denomina: concepción estructural de la cultura. La define como el estudio de las formas simbólicas, es decir, las acciones, objetos y las expresiones significativas de diverso tipo, donde se amalgaman los rasgos materiales, espirituales, intelectuales y emocionales que se visibilizan a través del arte, las letras, estilos de vida, derechos fundamentales, sistemas axiológicos, tradiciones, creencias, rituales, gestos, textos y enunciados.

Abreviadamente, Thompson (2002) considera que la concepción estructural de la cultura se trata de la constitución significativa y la contextualización social de las formas simbólicas en campos de interacción (Bourdieu, 2002), pues en ellos se generan las interacciones sociales cotidianas que mantienen los sujetos en la producción

de la vida material. Sociabilidad que, se encauza en el trabajo, fin primigenio de la organización social; en la actividad práctico- material, en tanto condición natural de la existencia humana, y que se contextualiza en una realidad histórico concreta y en procesos estructurados socialmente (Marx, 1968).

En este proceso de socialización, los sistemas de comunicación, verbales o no, propician la aparición del sistema simbólico cultural que deviene normativo y con el que los sujetos internalizan los rasgos identitarios resultado de los procesos de identificación-diferenciación con los que se auto reconocen y son reconocidos como parte de un colectivo. Tales mecanismos de pertenencia se convierten en marco colectivo para la interpretación de la cultura, es decir, el arsenal de formas simbólicas en que se desenvuelven los miembros de una comunidad.

Tal como la concepción en torno a lo que se entiende por cultura ha experimentado un proceso de transformación en consecuencia con la realidad de la que parte; asimismo, ha sucedido con la manera en que se analiza y concibe el nexo diferenciación- identificación de los rasgos culturales que portan las comunidades, es decir, con la identidad cultural. De la comprensión de la cultura limitada al desarrollo intelectual o espiritual expresada en la ciencia, la filosofía y el arte según la concepción clásica de la cultura, evoluciona a la concepción antropológica de la cultura con la incorporación de artefactos materiales, creencias, costumbres, sistemas axiológicos, y la acción simbólica hasta la formulación de la concepción estructural de la cultura donde las formas simbólicas se analizan insertadas en contextos sociales estructurados.

De manera análoga sucede con la noción de identidad cultural. Inicialmente las respuestas identitarias nacidas en el proceso de diferenciación-identificación que tiene lugar en las comunidades se asienta en la disección de los rasgos esenciales cual raíces de pertenencia inamovible a un grupo humano según la teoría objetivista de la identidad cultural; luego la teoría subjetivista de la identidad cultural ubica tales respuestas en los imaginarios, las representaciones y los sentimientos de pertenencia de los individuos a colectividades específicas impugnando la validez exclusiva de los atributos de origen o rasgos identitarios compartidos; mientras la perspectiva constructivista o concepción relacional y situacional de la identidad cultural fundamenta que tales respuestas identitarias son una construcción resultado de intercambios sociales en una relación dialéctica permanente entre la identidad y la alteridad.

Dado que la Teoría de Redes Sociales y del Análisis de Redes Sociales (ARS) se presentan como un campo que

permite analizar y representar simplificada las relaciones sociales y la formación de identidades de diferentes tipos: individual, social y cultural en forma de mallas que contiene tejidos de nexos y transacciones de capitales, sus aportes científicos resultan pertinentes para profundizar en el comportamiento de los actores en la vida cotidiana cuando emergen procesos simbólicos como el de identidad cultural, definido por su profundo condicionamiento social. Especialmente cuando éste se analiza bajo el prisma de la concepción estructural de la cultura (Thompson, 2002) y la teoría constructivista, también denominada concepción relacional y situacional de la identidad cultural (Vergara et al., 2012). Circunstancia que induce a las autoras del presente artículo a correlacionar ambos supuestos teóricos con el objetivo de analizar procesos de conformación de la identidad cultural, examinando los patrones de interacción social que se producen en los límites de la red. A partir de los cuales se infiere el comportamiento de los actores al generar las respuestas identitarias que contribuyen a la configuración de la identidad cultural en un contexto histórico concreto.

La Teoría de Redes Sociales es una de las aplicaciones de la Teoría de Redes destinada al examen de las estructuras, dinámicas y flujos, sea de redes eléctricas, de transporte, epidemiológicas, de información, etc. A la vez, una de las variantes sociológicas modernas para el análisis sobre las relaciones humanas. Un enfoque, que no sustituye el análisis en término de instituciones sociales donde se utilizan las redes para erigir una estructura lógica y coherente de normas y patrones de conductas; sin embargo, promueve una abstracción diferente por cuanto la perspectiva de red busca examinar la manera en que se relacionan las personas entre sí en diferentes marcos normativos a la vez y cómo se puede entender su comportamiento bajo la influencia de dichos encuadres (Mitchell, 1969).

Otros teóricos (Lozares, 1996); (Requena, 2003); (González, 2014) convienen en reconocer que los desarrollos precursores de la Teoría de Redes Sociales se deben Jacob Levy Moreno (1934) desde la sociometría. Posteriormente secundados por Lewin (1988) y los antropólogos británicos en la Universidad de Manchester (Radcliffe-Brown, 1975); (Barnes, 1954); (Bott, 1990), quienes en los años cincuenta del siglo XX inician el uso del concepto de red social.

Estos acercamientos socio-relacionales promueven una concepción compleja de los tejidos sociales y enfatizan en los campos de relaciones. Defienden la noción de que los actores sociales se desarrollan de una manera específica, como consecuencia de sus características

intrínsecas – tal como lo postula la sociología clásica–; también de sus relaciones con los demás.

Afirma Lozares (1996) que la Teoría de Redes Sociales se consolida como un campo de estudio multidisciplinar en las décadas de los sesenta y ochenta, en lo que influye la producción científica de la sociología americana y el grupo de estructuralistas de Harvard. Son estudios que se apoyan en innovadores modelos algebraicos y en la Teoría de Grafos para mapear la estructura de relaciones sociales, los patrones de conectividad sin los cuales no puede entenderse la morfología de las redes, las métricas para interpretar las interconexiones e inferir comportamientos, así como la perspectiva modélica para construir hipótesis novedosas con las cuales dilucidar la dinámica y evolución de la red.

A partir de las variables estructurales, el ARS, cuantifica y abstrae los sistemas de relaciones complejas entre un conjunto finito de actores. El objetivo es generar matrices que contengan información sobre los vínculos y graficarlas para, de forma simple e inmediata, visualizar los patrones de relaciones y las posiciones funcionalmente diferenciables de los actores. De esta manera, la unidad de análisis, se ubica en las pautas relacionales entre los actores; lo que aporta información sobre dichas posiciones funcionalmente diferenciables, sus procesos dinámicos de adaptación, flujos y transacciones de capitales, los patrones de conducta, la configuración de mecanismos de legitimación y la toma de decisiones que favorecen su acción.

Al centrarse en las relaciones entre actores y en la dinámica de las estructuras sociales, el ARS, permite detectar las posiciones de los actores y los constreñimientos impuestos por la estructura social. Es útil para diferenciar posiciones, estrategias, flujos de transacciones y distribución de poder entre un conjunto de actores en un espacio y tiempo determinado. Asimismo, permite comprender la configuración de identidades de diverso tipo, así como la aparición de normas y valores compartidos que operan como mecanismos inhibidores para los actores y como conformadores para las sociedades.

En los últimos treinta años, ha crecido el empleo del ARS dentro de las Ciencias Sociales. Se ha erigido como un campo multidisciplinar que aporta a diversas temáticas: la economía, la antropología, el análisis del discurso, la ecología, la psicología, las ciencias de la salud, la epidemiología, la comunicación, el mundo del trabajo, la ciencia política, entre otros. También ha contribuido con reconceptualizaciones sobre núcleos medulares para las ciencias sociales: poder, cohesión social, cultura, capital social y cooperación (Aguirre, 2014) y con aplicaciones

importantes de cara a una historia social de la cultura, de las identidades, y de las representaciones para legitimar o deslegitimar la acción colectiva y los procesos de construcción de sentido (Imízcoz, 2004). Sin embargo, hasta la década de 1990 del pasado siglo, los conceptos y planteamientos del ARS no se utilizan para indagar en objetos de estudio de carácter histórico (Ponce, 2008).

El fundamento teórico para la asunción de tal *corpus* lo devela Imízcoz (2004). Señala este autor que, si el proyecto construido por los actores sociales en un contexto particular, se identifica y visualiza a partir de las fuentes documentales, entonces el investigador puede aplicar el ARS e interpretar la red social.

Imízcoz (2004) considera que el conjunto de lazos entre las personas crea constelaciones sociales que no constituyen comunidades establecidas u organizaciones colectivas formalizadas o institucionalizadas, pero no son menos reales ni determinantes para la estructuración formal. Ellas poseen sentido para el investigador sólo si se muestra consciente de que las redes no existen *per se*, sino que debe construirlas durante su estudio a partir de la información relevante contenida en las fuentes, sea para el análisis del problema específico o para la interpretación de la naturaleza, el contenido y la trascendencia de los vínculos.

Al suscribir las autoras del texto, la concepción estructural de la cultura entendida como las formas simbólicas producidas e insertadas en contextos sociales estructurados, así como la teoría constructivista de la identidad cultural fundamentada en que las respuestas identitarias son construcciones resultado de intercambios sociales, defienden la pertinencia de estudiar el desarrollo y evolución de los procesos culturales identitarios a partir del reconocimiento de la determinación de las relaciones sociales. De ahí el interés por los aportes teórico-metodológicos del ARS para identificar e interpretar las respuestas identitarias generadas en las interrelaciones sociales que tienen lugar en una red social.

DESARROLLO

Para conseguir el objetivo propuesto, las autoras del texto correlacionan la matrices teórico – metodológicas correspondientes al Modelo teórico para la identidad cultural (Baeza & García, 2006) y a las Bases socio-metodológicas del ARS (Lozares, 2005). Lo que se sustenta en la primacía que ambos conceden a las relaciones sociales establecidas entre los hombres en el proceso de la actividad conjunta, práctica y espiritual como configuradoras de la existencia, del desarrollo de la sociedad humana y de la génesis de las formas simbólicas donde se deposita

la permanente relación dialéctica entre la identidad y la alteridad, inherente a la identidad cultural.

El Modelo teórico para la identidad cultural (Baeza & García, 2006) aporta la comprensión ontológica del proceso de identidad cultural. A la vez, explicita la naturaleza profundamente social de un proceso cuyo punto de partida está en la dialéctica identificación-diferenciación que se genera en la interrelación social donde el sujeto cultural deviene sujeto de identidad frente al otro significativo.

También ofrece la conceptualización de los componentes que intervienen: sujetos (actores del proceso), actividad identitaria (actividad práctico-transformadora) y objetos (resultado del proceso) todos en interrelación dialéctica. A la vez, identifica los componentes objetivos y subjetivos presentes en el proceso de identificación – diferenciación. Los primeros, visibles en la actividad identitaria y en las respuestas identitarias de carácter material. Los segundos, contenidos en las acciones que tienen lugar en la conciencia del sujeto de la cultura frente al otro significativo cuando deviene sujeto de identidad.

Otra contribución derivada de este modelo está en el papel que sus autoras le asignan a la actividad identitaria de lo que se infiere el contenido práctico-transformador. Ya sea por la transformación que se opera en el sujeto a nivel de su subjetividad, puesto que de sujeto cultural deviene sujeto de identidad; como por los resultados derivados de dicha actividad, en forma de respuestas identitarias expresadas en objetos de identidad de carácter material y espiritual.

Resulta meritoria, además, la fundamentación que ofrecen sus autoras en relación con la naturaleza compleja de la actividad identitaria. Presupone que en ella se integran las acciones materiales y espirituales que produce el sujeto de cultura en el proceso de diferenciación-identificación frente al otro significativo; las que se resuelven a nivel de la subjetividad del sujeto de cultura al transformarse en sujeto de identidad; a nivel de las acciones materiales y espirituales en forma de respuestas identitarias y a nivel de acciones subjetivas al relacionarse con objetos de la cultura precedente.

Igualmente, valiosa es la manera en que Baeza & García (2006) distinguen los resultados inherentes al proceso de identidad cultural. Se trata de las respuestas de identidad, donde incluyen una gama ilimitada de opciones, que alcanzan desde el conjunto de bienes materiales hasta la producción de proyectos sociales, elaboraciones ideológicas, imaginarios, mentalidades, manifestaciones artísticas o prácticas culturales de la vida cotidiana. Acciones que se transforman en objetos de identidad, es

decir, producciones materiales y espirituales expresadas en valores culturales identitarios.

A pesar de las contribuciones presentes en el Modelo teórico para la identidad cultural de Baeza & García (2006) para analizar los procesos de tal naturaleza, las autoras del presente artículo, advierten sus limitaciones en relación con los fines de este artículo. Tal es el caso de la asunción tácita que contiene el citado modelo sobre la naturaleza relacional y dialéctica inherente al proceso diferenciación-identificación que se da entre el sujeto de cultura y el otro significativo hasta convertirse en sujeto de identidad; sin embargo, el referido modelo no profundiza en la manera en que se manifiestan y concretan tales vínculos, aun cuando ellos constituyen el sustrato imprescindible y determinante para la génesis de las respuestas identitarias.

Otra de las limitaciones identificadas por las autoras del presente texto radica en la inobservancia respecto al contexto. Ciertamente, en la conceptualización del proceso de identidad cultural, Baeza & García (2006) llaman la atención sobre la deuda que este tiene con el escenario histórico y geográfico particular; no obstante, en el planteamiento teórico y representacional de los componentes, no se visibiliza esa relación. Esta carencia impide el análisis situacional y por tanto, la precisión de su condicionamiento, en el proceso de construcción de la identidad cultural.

El apego de las autoras del presente texto a la concepción estructural de la cultura expuesta por Thompson (2002), así como a la teoría constructivista de la identidad cultural por su búsqueda del fenómeno identitario en las interrelaciones de los grupos sociales, las conducen a optar por resolver las limitaciones detectadas en el Modelo teórico de la identidad cultural (Baeza & García, 2006) con la incorporación de los presupuestos relacionales y contextuales aportados por las Bases socio-metodológicas del ARS (Lozares, 2005).

De la propuesta de Lozares (2005) se apropian del énfasis que le concede a la interacción social como origen de todo fenómeno/hecho social, principio que por su generalidad teórica también es aplicable a la génesis y configuración de los procesos de identidad cultural. Reforzamiento de lo social que involucra tanto a la interacción, en tanto punto de partida de tal modelo, como a su resultado en forma de hecho social.

Esta perspectiva de análisis contenida en la propuesta de Lozares (2005) les permite a las autoras del texto utilizar las formulaciones del ARS para profundizar en las interacciones entre los sujetos, estructurar la red y graficarla. Y, a partir de sus métricas, inferir el comportamiento y las actitudes de los sujetos, quienes en sus interacciones

producen las respuestas identitarias que contribuyen a la configuración de la identidad cultural, instituido a la postre, como hecho social.

De Lozares (2005) también resulta útil el nivel analítico dedicado al plano de las representaciones, que unido al reconocimiento de la necesaria relación causa - efecto expresada en el dipolo interacción social (IS)-hecho social (HS) [(I[^]H) S], articula un sistema complejo de nexos entre los componentes objetivos y subjetivos del sistema. Tales vínculos, entre el plano objetivo de la acción y el de la internalidad cognitiva o subjetividad, permiten al investigador interpretar lo evidente, así como los procesos y comportamientos latentes.

Otro aporte válido, radica en los atravesamientos contextuales que posee su formulación, al incorporar tanto la dinámica del entorno inmediato como el contexto situacional. Así amplía la dimensión social y la espacio-temporal, para ofrecer claves interpretativas que permitan develar la historia, y los condicionamientos e influencias subyacentes en cualquier fenómeno social, incluidos los de naturaleza identitaria.

Sobre la base de la valoración crítica de ambos referentes las autoras del artículo proponen un modelo que en su concepción sistémica integra: los componentes y sus respectivas interrelaciones planteados por Baeza & García (2006), y los conceptos y dinámicas ofrecidos por Lozares (2005). A la vez, subsanan las limitaciones detectadas e introducen aportes para estudiar la identidad cultural, incorporando los presupuestos del ARS.

Un modelo es una construcción teórica, representacional con carácter esquemático y sintético, resultado de un proceso de abstracción mediante el cual se modela un objeto a partir de los rasgos esenciales del objeto real; es decir, constituye un eslabón intermedio entre el objeto y el sujeto cuya finalidad es servir para interpretar, diseñar y reproducir parcial y simplificada una estructura concreta hasta aportar atributos importantes para la solución del problema (Tamayo-Roca, 2017). Al asumir tal posicionamiento, las autoras del texto declaran que el modelo (Fig. 1) constituye un instrumento de trabajo con el propósito de orientar el estudio de la identidad cultural utilizando el ARS, para de esta manera fundamentar las respuestas identitarias generadas en una red social. Dicho modelo está conformado por los siguientes componentes:

1. Actividad identitaria: núcleo epistémico, cuyo fundamento es la práctica asociativa.
2. El dipolo interacción social (IS)-hecho social (HS) [(I[^]H) S], donde:

- a) El polo de la interacción social (IS) contiene en el plano objetivado la Interactividad: que se objetiva en la red social, donde se producen las respuestas de identidad y los sujetos culturales se transforman en sujetos de identidad. Mientras en el plano subjetivo se ubica la cognitividad referida a las reacciones subjetivas en la conciencia del sujeto que contribuyen a la transformación del sujeto cultural en sujeto de identidad.
- b) El polo del hecho social (HS) sitúa en el plano objetivado los objetos de identidad, expresión objetivada de las respuestas de identidad: producciones materiales y espirituales que devienen valores culturales identitarios al mantener su función comunicativa y vigencia funcional diferenciadora. En el plano subjetivo se encuentra la identidad/significado, referida a la interpretación de los significados que los sujetos atribuyen a esos objetos de identidad, devenidos valores culturales identitarios, que por su connotación resultan apreciados por la comunidad y se convierten en contribuciones a la identidad cultural.

3. Contexto

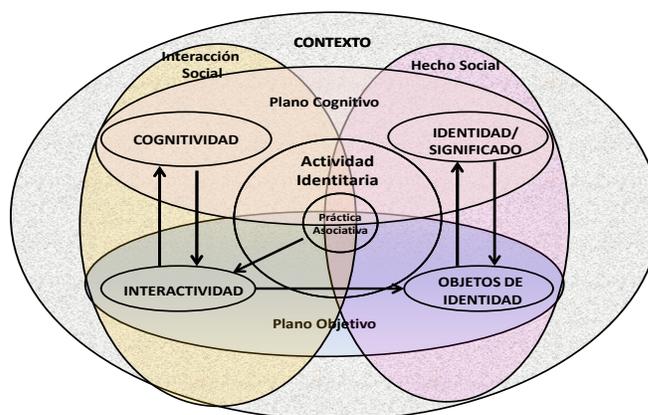


Figura 1: Modelo para estudiar la identidad cultural utilizando el ARS. Fuente: elaboración propia.

1. Actividad identitaria como núcleo epistémico que tiene su fundamento en la práctica asociativa

El modelo concebido sitúa su núcleo epistémico en la actividad identitaria; lo que también constituye la principal modificación en relación con los referentes descritos. Esta decisión se fundamenta coincidiendo con Pupo (1990) al reconocer que la actividad práctica- transformadora es la esencia de la actividad humana, donde el hombre humaniza la naturaleza y la convierte en el objeto del conocimiento y valoración en dependencia de sus necesidades e intereses. También, gracias a ella, el hombre se eleva a sí mismo, demuestra su capacidad para proyectar el resultado que la necesidad exige y guiar la práctica de una manera efectiva.

En la relación sujeto-objeto, la práctica social se comporta como base de la relación humana donde lo ideal y lo material en relación recíproca interactúan y se interpenetran. Asimismo la actividad identitaria cuya base es la práctica material-objetiva y adecuada a fines sintetiza los aspectos objetivos y subjetivos de la realidad social; en este caso, se trata del proceso de identidad cultural donde se conjugan simultánea y recíprocamente las acciones materiales y espirituales que despliega el sujeto de cultura; se concreta la transformación del sujeto de la cultura en sujeto de identidad y se transforma la realidad social como consecuencia de las respuestas identitarias que genera el sujeto de identidad, expresión de la relación hombre-mundo instituida como hecho social.

Se entiende por actividad identitaria, la práctica asociativa sustentada en la relación humana que se produce en las interacciones generadas en la red social. En la práctica asociativa, tal como en la práctica social, no solo se humaniza la naturaleza, al crear objetos culturales; también deviene acto de objetivación de fines, ideas y proyectos engendrados por las necesidades de los sujetos en el devenir de su existencia.

Dicha práctica asociativa aparece registrada en las fuentes documentales, bibliográficas y periodísticas de la época por lo que se identifica y cataloga en bases de datos que permiten sintetizar y analizar la información con la que conseguir los objetivos planteados. Representan un complejo proceso de acciones materiales y espirituales, desplegado por los sujetos de identidad mediante procesos de interacción y comunicación frente a *otro(s) significativos(s)*. Estas razones también justifican que la práctica asociativa se convierta, a su vez, en el anclaje de la red social objeto de estudio, desde donde parten los vínculos entre los actores para el diseño de la red. Por eso al graficarla los nexos entre los sujetos de identidad, el punto partida se encuentra en cada una de las líneas de acción incluidas en la práctica asociativa, pues gracias a ellas se propician las interrelaciones entre los sujetos.

Otro motivo para colocar la actividad identitaria como núcleo epistémico del modelo radica en el hecho de que, en la práctica asociativa que le sirve de base, se producen las respuestas de identidad. Tales respuestas se dirigen al otro significativo como elementos diferenciadores o se encaminan a reafirmar su integridad y unidad, funcionando como identificadores. También pueden tener una naturaleza dual, como diferenciadores-identificadores. Es decir, de la actividad identitaria que tiene su fundamento en la práctica asociativa, se derivan los resultados del proceso en forma de respuestas de identidad, o sea las

acciones materiales y espirituales expresadas en objetos de identidad, constitutivos del hecho social.

2. El dipolo: interacción social (IS)-hecho social (HS) [(I[∧]H) S]

El modelo propuesto por las autoras del texto, asume la dinámica holística de la interacción social y el hecho social prevista en el dipolo: interacción social (IS)-hecho social (HS) [(I[∧]H) S] heredada del modelo de Lozares (2005) con las adaptaciones pertinentes de acuerdo con los fines declarados. Mantiene la concepción del polo de la interacción social (IS) con sus respectivos planos: el objetivado reservado para la interactividad y el cognitivo para las reacciones subjetivas que se producen en el sujeto.

Sin embargo, aportan un elemento que difiere del referente citado y consiste en el proceder metodológico con que resuelven la interactividad ubicada en el plano objetivado de la fase interacción social. En el ámbito de la interactividad se producen las interacciones sociales, es decir, las secuencias dinámicas de acciones entre los sujetos sociales en los límites de la red; ellas tienen efecto sobre el sujeto en sí mismo y sobre los otros, y son el punto de partida y origen de todo fenómeno/hecho social. Las autoras proponen estructurarlo en forma de red social porque en ella intervienen los actores, emergen los vínculos y se ponen en juego los capitales; a la vez, en sus límites se produce el proceso de identificación-diferenciación entre el sujeto de cultura y el otro significativo hasta transformarse en sujeto de identidad.

A los efectos del modelo en cuestión, sus autoras analizan la interactividad, a partir del diseño e interpretación de la red social. Es decir, conciben la abstracción de la estructura a través de matrices y gráficos que permiten explicar los comportamientos humanos subyacentes e interpretar la génesis y el decurso de procesos sociales, en este caso, las respuestas identitarias generadas en la red. Pues tal y como ocurre en la actividad humana, donde los sujetos crean toda la conjunción de premisas materiales y espirituales de su existencia; en la actividad identitaria los sujetos conectados en la red social producen las respuestas identitarias. Las que se presentan en forma de acciones materiales y espirituales del sujeto de identidad; en acciones subjetivas en la conciencia del sujeto cultural devenido sujeto de identidad o en su relación con objetos de generaciones precedentes.

En consecuencia, se diseña la red social extraída a partir de la actividad identitaria desplegada en el periodo de estudio, resultado de la práctica asociativa expresada en las acciones y proyectos inscritos en las fuentes documentales. En dicha red se delimita el conjunto finito de relaciones sociales efectivas entre los actores sociales,

individuales y colectivos, organizados como grupos homofílicos de acuerdo con la actividad social a la que se consagran; cuyos vínculos tienen su anclaje en las líneas de acción expresión de la práctica asociativa. Con esta retícula, se analizan los intercambios de capital para garantizar el cumplimiento de los fines del objeto de estudio y se identifican las respuestas identitarias.

Los actores sociales individuales y colectivos que interactúan en la red se asumen inicialmente como sujetos de la cultura; pero cuando comienzan a desarrollar el proceso de identificación-diferenciación frente al otro significativo, devienen sujeto de identidad. De ahí que, a los efectos del modelo concebido por las autoras del artículo, la interactividad, se objetiva y analiza teniendo en cuenta las relaciones sociales de reciprocidad que se dan en el marco de la práctica asociativa desarrollada por los sujetos de identidad en la red social en el período de estudio.

Durante tales relaciones, los sujetos se diferencian y reconocen, consciente o inconsciente, en su identidad cultural hasta distinguirse en el concierto identitario general. Es decir, producen las respuestas de identidad: acciones materiales y espirituales desplegadas por los sujetos de identidad como resultado de la actividad identitaria en el contexto de la red social.

Asimismo, en la fase Interacción social, pero en el plano subjetivo, las autoras de este artículo aportan un matiz cualitativo en relación con la cognitividad, en correspondencia con los fines de la propuesta que defiende. Antes se identificó como una limitación en la propuesta de Lozares (2005) que, en el plano cognitivo de la fase interacción social, no se incluían aquellas acciones desplegadas por el sujeto en su conciencia al revisar su propia memoria y las producciones culturales precedentes.

Por esa razón, en este plano, las autoras del artículo, asumen por cognitividad: las reacciones subjetivas que se operan al interior de los sujetos de identidad, como resultado de la actividad práctico-material, base y fundamento de la actividad identitaria; las representaciones externas que se manifiestan en forma de significados, así como el resultado de su proceso de autorreflexión sobre su origen, su historia, su pasado y su memoria. Este plano entonces, se reserva para reflexionar sobre las transformaciones que se operan en la conciencia de los sujetos de identidad, demostrando cómo, mediante la actividad práctico-transformadora, el hombre se eleva a sí mismo en su condición humana, en un autorreconocimiento que también incluye su pasado y constituye una respuesta de identidad.

En consecuencia, con la aceptación, por parte de las autoras, de la dinámica holística de la interacción social

y el hecho social, también el modelo propuesto mantiene la fase estado/resultado, nominada hecho social. Específicamente el plano objetivado se dedica a la externalización de las respuestas identitarias a través de los objetos de identidad: producciones materiales y espirituales del sujeto de identidad derivadas de las respuestas identitarias cuando producen, significan o refuncionalizan los objetos de la cultura con intención comunicativa y que, con independencia de su naturaleza, se expresan en valores culturales identitarios.

Es decir que, en la fase hecho social, el plano objetivado se mantiene reservado para aquellas producciones materiales y espirituales que, a manera de obra o proyecto, se generan en la actividad identitaria en la red social objeto de estudio. Aquí se sitúa el análisis de la relación hombre-mundo, y su concreción en la relación sujeto-objeto, en tanto unidad dialéctica contradictoria (Pupo, 1990) para identificar aquellas soluciones, dígame objetos de identidad, que los sujetos aportan a su presente en el ámbito de la actividad práctico-material cotidiana.

Por su parte, el plano cognitivo de la fase estado-resultado, permite adentrarse en el proceso de significado-identidad. En él se interpretan los significados que los sujetos de identidad les atribuyen a los objetos de identidad, en tanto respuestas de identidad resultado de la actividad análoga desarrollada en la red social en cuestión.

La interpretación de tales significados, supone profundizar en los valores identitarios que expresan, reconociéndolos como gestos que, al mantener su función comunicativa y vigencia funcional diferenciadora, acentúan el proceso de identificación-diferenciación del sujeto de identidad con respecto al otro significativo con quienes se vinculan. Para ello se toman en cuenta las percepciones de los sujetos de identidad que aparecen declaradas en las fuentes documentales, así como las inferencias que se derivan del proceso inductivo-deductivo por parte de las investigadoras, a partir de su contacto con las fuentes y de la reflexión sistemática sobre el campo de estudio.

3. Contexto

Siguiendo a Lozares (2005), el modelo concebido, aprovecha la inserción del dipolo interacción social-hecho social en la dimensión del entorno-proceso y en el contexto, complejo entramado donde se integran el entorno-proceso situacional y el contexto histórico mediado por las fuerzas y tensiones del campo, el valor y los capitales. De manera que el análisis de las interacciones en la red social donde se producen las respuestas identitarias que contribuyen a la configuración de la identidad cultural tiene en cuenta el estado del campo intelectual, así como el panorama de la cultura artística y la educación,

atendiendo al comportamiento de los derechos, garantías e instituciones culturales existentes durante el periodo de estudio.

El entorno-proceso se atiende el comportamiento del campo intelectual donde se despliega la actividad asociativa. Aquí la preocupación por el entramado de actores, instituciones y sociedades conexas que concurren animando el clima intelectual ocupa un lugar central en los análisis. A la vez, se precisa delinear aquellos tópicos sometidos a debate y el estado de la producción simbólica de la época sin perder de vista las asimetrías presentes en el campo, como consecuencia de la desigual distribución de capitales, tanto en la esfera de la producción, como en la de circulación y consumo de las expresiones intelectuales y artísticas.

De manera similar ocurre con el análisis del contexto, donde se indaga en el proceso de institucionalización de la gestión del Estado relacionada con la cultura artística y la educación. También se observan los contenidos simbólicos emergentes en las producciones artísticas, literarias, de pensamiento, filosóficas, etc., que contienen en el campo intelectual respectivo.

A lo anterior se suma, la reflexión en torno al atravesamiento que impone la manera particular en que se presenta la estructura, distribución y transacciones de capitales en los grupos homofílicos donde se reúnen los actores de la red social. A ello se une el examen de las tensiones provocadas por tales desigualdades, así como de las cuotas de influencia que ostentan y se traducen en la imposición hegemónica de expresiones culturales y artísticas.

La interpretación que corresponde al componente significado-identidad permite cerrar el análisis del dipolo interacción social-hecho social, todo lo cual está atravesado por la interrelación dialéctica del entorno-proceso inmediato y el contexto histórico y sociocultural. De esta manera, el análisis se inicia en la práctica asociativa, fundamento de la actividad identitaria, que tiene lugar en la red social objeto de estudio, también, escenario donde los sujetos culturales se transforman en sujetos de identidad y se producen las respuestas de identidad, todo lo cual compete al polo Interacción social. Concluye con la interpretación del significado de los valores identitarios, derivados de los objetos de identidad, consecuencia a su vez de las respuestas de identidad; tales valores identitarios por su significación social, dada por su función comunicativa y vigencia funcional diferenciadora, constituyen la contribución a la identidad cultural en tanto Hecho Social. Todo lo cual se inserta en la interrelación dialéctica del entorno-proceso inmediato y del contexto histórico y sociocultural general.

CONCLUSIONES

El profundo condicionamiento social arraigado en la identidad cultural, permite estudiarla aprovechando los aportes del ARS. Por tal razón el paradigma relacionista contenido en las bases socio-metodológicas para el ARS de Lozares (2005), le confiere pertinencia para el análisis de las problemáticas de la identidad cultural, específicamente con el objetivo de fundamentar las respuestas identitarias generadas a partir de las interrelaciones sociales que tienen lugar en una red social a cualquier escala de análisis.

El modelo concebido para estudiar la identidad cultural utilizando el ARS contiene las siguientes especificidades:

- considera la actividad identitaria como núcleo epistémico, cuyo fundamento es la práctica asociativa desarrollada por los sujetos de identidad en la red social
- incorpora la dinámica holística de la interacción social y el hecho social prevista en el dipolo: interacción social (IS)-hecho social (HS)[(I[^]H) S]
- el análisis de la interactividad, situada en el plano objetivado de la fase de interacción social, se resuelve a partir del diseño de la red social extraída de las fuentes documentales
- las respuestas de identidad desplegadas por los sujetos de identidad se extraen de las características de la red social diseñada
- sitúa el análisis de los objetos de identidad expresados en valores identitarios en el plano objetivado del hecho social
- incorpora las acciones subjetivas que operan al interior de los sujetos de identidad y las representaciones externas que se manifiestan en forma de significados, en el plano cognitivo de la fase interacción social; así como su relación con el pasado y la memoria de los sujetos, porque también constituyen respuestas de identidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre, J. L. (2014). Actores, relaciones y estructuras: introducción al Análisis de Redes Sociales. *Hologramática*, 20(V11), 167-187. http://www.cienciaried.com.ar/ra/usr/3/1511/holo_n20_pp161_187.pdf
- Baeza, C. & García, M. (2006). Modelo teórico para la identidad cultural. En S. Almazán (Ed.), *Cultura Cubana, Colonia, Parte I* (pp. 51-65). Félix Varela.
- Barnes, J. (1954). *Class and committees in a Norwegian Islan Parish*. Human Relations. <https://pierremerckle.fr/wp-content/uploads/2012/03/Barnes.pdf>

- Bayart, J. F. (1996). *La ilusión identitaria*. Fayard.
- Bott, E. (1990). *Familia y red social: roles, normas y relaciones externas en las familias urbanas corrientes*. Taurus.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Montessor Junta Simbólica.
- Cuche, D. (2004). *La noción de la cultura en las ciencias sociales*. Nueva Visión.
- Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- González, N. (2014). La teoría de redes sociales y las políticas públicas. Una aproximación al debate teórico y a las posibilidades de intervención en realidades sociales. *FORUM*, 2(6), 81-97. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6119901.pdf>
- Hall, S. (1996). *Cuestiones de la identidad cultural*. Amorrortu.
- Imízcoz, J. M. (2004). Actores, redes, proceso: reflexiones para una historia más global. *Historia*, 5(1), 115-140. <https://ler.letras.up.pt/uploads/ficheiros/2378.pdf>
- Lewin, K. (1988). *Teoría del campo en la ciencia social*. Ediciones Paidós.
- Lozares, C. (1996). La teoría de redes sociales. *Papers*, 48, 103-126. <https://papers.uab.cat/article/view/v48-lozares/pdf-es>
- Lozares, C. (2005). Bases socio-metodológicas para el Análisis de Redes Sociales. *Empiria*, 10(julio-diciembre), 9-35. <https://www.redalyc.org/pdf/2971/297123998001.pdf>
- Marx, C. (1968). *Manuscritos economía y filosofía*. Alianza Editorial.
- Mitchell, J. C. (1969). The Concept and Use of Social Networks. En J. Clyde Mitchell (Ed.), *Social Networks in Urban Situations: Analyses of Personal Relationships in Central African Towns* (pp. 1-50). UNIVERSITY OF MANCHESTER -INSTITUTE FOR AFRICAN STUDIES UNIVERSITY OF ZAMBIA. <https://seminariosocioantropologia.files.wordpress.com/2014/03/clyde-mitchel-concepto-y-uso-redes-sociales-noviembre-2014.pdf>
- Ponce Leiva, P. & Amadori, A. (2009). Redes sociales y ejercicio de poder en la América Hispana: consideraciones teóricas y propuestas de análisis. *Revista Complutense de Historia de América*, 34, 15-42. <https://revistas.ucm.es/index.php/RCHA/article/view/RCHA0808110015A>
- Pupo, R. (1990). *La actividad como categoría filosófica*. Ciencias Sociales.
- Radcliffe-Brown, A. (1975). *El método de la antropología social*. Anagrama.
- Requena, F. (2003). El concepto de red social. *Reis*, 48(89), 137-152. https://reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_048_08.pdf
- Rivero, P. J. & Martínez, V. S. (2016). Cultura e Identidad. Discusiones teóricas-epistemológicas para la comprensión de la contemporaneidad. *Revista de Antropología Experimental*, 16, 109-121. <https://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae/article/view/3132>
- Tamayo-Roca, C. (2017). La modelación científica: algunas consideraciones teórico-metodológicas. *Santiago*, 79-90.
- Thompson, J. B. (2002). *Ideología y cultura moderna*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Velásquez, D. (2003). *La construcción de la identidad cultural, una mirada desde la antropología urbana. El caso de la población Madre Teresa de Calcuta-Osorno* [Tesis licenciatura en Antropología, Universidad Austral de Chile]. <http://cybertesis.uach.cl/tesis/uach/2003/ffv434c/pdf/ffv434c.pdf>
- Vergara, J. I., Vergara Estévez J. & Gundermann, H. (2012). Tramas y laberintos: Sociología e identidad cultural latinoamericana. *Atenea (Concepc.)*, 506(Concepción dic.), 13-27. https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-04622012000200002
- White, L. A. (1982). *La ciencia de la cultura: un estudio del hombre y la civilización*. Paidós Ibérica.